



Postales de nuestra vida hoy.

Ricardo Cabrera Figueroa
Abril 09 de 2020

Y de repente, nuestra historia cambio, aquello que parecía ficción reseñada en los libros, donde pestes y hambrunas se veían como algo lejano, como algo destinado a ser perceptible solo través de películas y documentales. Ahora, nuestra generación es quien la escribe, es quien la vive y padece. Resultaban difíciles de entender las manifestaciones de dolor en otras partes del mundo. Asia sigue estando tan lejos como lo estuvo para Marco Polo. Pero la distancia ya no ocurre con los rudimentos de transporte que solía hacerlo en la antigüedad. La peste tardo años en llegar a Europa a través de la ruta de la seda. Ahora, la epidemia en el mundo solo ha necesitado horas para llegar a las principales capitales destinadas a los negocios y el turismo mundial.

No necesita visa, ni equipaje. Se ha infiltrado sin dificultad alguna, burlando incluso las más sofisticadas defensas.

La pandemia nos ha enviado postales inusuales de su paso por los diversos países que ha visitado. El virus se ha convertido en un viajero incansable, no se da tregua alguna. Hoy está en Italia, mañana en España, visita Francia y deja constancia irrefutable de su paso. La tierra de los canguros y los *uombats*, islas apartadas y de acceso difícil. Ha visitado los pueblos de América, se ha quedado como residente donde la civilización tuvo su origen.

Si, el virus no ha descansado y pareciera que no tiene intención de hacerlo, no necesita divisas, mientras cuente con nuestra más decidida participación para ayudarlo en su incesante empresa de llegar hasta los últimos confines donde haya alguien que le espere, y que, a través de un beso, de un apretón de manos, tal vez seguidos de un te quiero; sea compartido.

Y mientras este viajero incansable sigue buscando nuevos lugares en los cuales quedarse como huésped, nos llegan instantáneas inusuales.

La vida se abre paso a través de la muerte. Pero son otros quienes reclaman los espacios que hemos invadido durante milenios de civilización. Los venados posan para una fotografía en las desiertas calles de Tokio. Desde el confinamiento involuntario, la gente atestigua el paso de cabras en España. Las guacamayas azules se posan en los balcones de la ciudad de Caracas y la gente, tras las ventanas cerradas pueden dar testimonio de su paso.

Un leopardo de las nieves, tan raro ahora como lograr una fotografía auténtica de *Nessie*, se deja ver en los remotos confines de Rusia.

En Venecia los delfines pasean por los canales donde el agua limpia y transparente que permite ahora ver el fondo, les da la bienvenida.

Visitantes que seguramente se deben mostrar extrañados ante la falta de la masa humana. Osos hormigueros, aves, animales tímidos que solían ser difíciles de captar en cámara, pasean hoy día por las calles, desfilan frente a emblemáticos monumentos o se recrean en espacios que solo eran destinados al tránsito humano.

Nosotros, hemos tenido que contentarnos confinándonos en pequeños espacios, en los cuales aflora lo mejor de nuestra creatividad para vivir, o, por el contrario; nuestros propios demonios nos empiezan a consumir de a poco. Salen a la luz y se colocan en los extremos de una línea, nuestros sentimientos.

Hábemos, quienes nos hemos encontrado en estos reductos. Aquellos que recurrimos a lo mejor que se anida en nuestras propias almas. No somos los solitarios, ni los que nos queremos poco. Por el contrario, somos quienes amamos más. Una ventana cerrada no es la transparente reja de una cárcel. Es un ojo que nos permite ver la claridad del día, la fuerza de la naturaleza, nos permite apreciar que no todas las flores del mismo árbol son iguales. Los pétalos de las jacarandas en el pavimento, no son basura. Son ahora, alfombras púrpuras que están para nuestro regocijo.

El encierro, nos ha permitido reencontrarnos. Para quienes pueden disfrutar de la compañía de un perro. Los peludos están ahí. No comprenden porque ahora estamos tanto tiempo en casa. Pero igual, no piensan en el mañana. Estamos ahí, ahora, para ellos. Y ellos hacen lo mejor que saben hacer: amarnos.

Hemos descubierto que nuestras azoteas son una nueva extensión del mundo, lugar donde podemos colocar el fuego sagrado de las reuniones en familia que se hacen cada vez más cotidiana. Para quienes pueden hacerlo, las reuniones familiares serán acompañadas de tardes inolvidables con parrilladas en familia. Para aquellos que no, se contentarán con ver una puesta de sol, con renovar esperanzas de que mañana será distinto.

Y después, regresamos nuevamente al lugar que nos hemos obligado a compartir. Las peleas por el único baño, la invasión a la privacidad de los adolescentes. El derecho a utilizar el único televisor y ver algo que no resulten ser las noticias falseadas o ciertas de los medios de comunicación.

Y, por último, la cama. He volado por los confines de su superficie, y he redescubierto que la persona a mi lado, es la razón de mi vida. Había perdido la capacidad de imaginar cuan amplia es. Nuestros sueños la hacen magnífica, nuestros cuerpos se amoldan a cada espacio libre. Hemos adquirido el derecho de cada centímetro y lo peleamos con felicidad bizarra. Y terminamos el día bajo nuestras sábanas, donde las mejores aventuras están por venir.

De mañana, hablaré de los otros, de los desamparados de sí mismos, de aquellos que el sosiego les ha dejado.